

The Mirror Column
5-23
Bishop William Joensen

Madre de la Iglesia, Nuestra Señora

En estos días parece que la devoción a la Santísima Madre está brotando igual que los tulipanes e irises están floreciendo. El mes de mayo es un tiempo especialmente fructífero para que podamos meditar, orar y honrar a la Santísima Virgen María. Más allá de la designación del mes de María y las tempranas coronaciones y peregrinaciones de mayo tal como la que se llevó a cabo en la Escuela Preparatoria Católica de Dowling a gran escala, tenemos las conmemoraciones de Nuestra Señora de Fátima (13 de mayo), las celebraciones de María, Madre de la Iglesia (la cual celebramos este año el 20 de mayo, el día después de Pentecostés, la cual instituyó el Papa Francisco en el memorial de calendario litúrgico romano) antes de concluir el 31 de mayo con la Fiesta de la Visitación. Si adherimos a la tabla de festividades marianas a la designación secular del segundo domingo del mes de mayo como el Día de las Madres, y nos sentimos verdaderamente que estamos siendo elevados tanto por María, nuestra madre espiritual, y por las oraciones, tenacidad en la fe e incluso la debilidad de nuestras propias madres naturales que Dios nos ha concedido.

Conforme me siento más en casa aquí en la Diócesis de Des Moines, siento al mismo tiempo que me estoy conectando con las raíces de mi mamá Marilyn. Ella creció con sus padres y su hermano menor Ralph en la Parroquia de Holy Trinity antes de la muerte inesperada de su papá cuando ella tenía cinco años. Su madre Marie, ya viuda, tuvo que hacerse cargo por sí sola de sus hijos; empezó una rápida serie de mudanzas que pasaron de las parroquias de San Agustín y Visitación, antes de mudarse a Waterloo, Iowa donde tendría una mayor presencia y apoyo de sus familiares.

Aunque los recursos materiales estaban algo limitados a pesar de las largas horas de trabajo de mi abuela en su propio “salón de belleza,” la fe viva de mi mamá y de mi tío se alimentó de su asistencia a Misa, su educación en la Academia de Our Lady of Victory que administraban la Hermanas de la Caridad de la Santísima Virgen María (BVM por sus siglas en inglés), y por los fuertes lazos establecidos con nuestra familia extendida que trascendió en las condiciones de “mera pobreza” (descripción de mi difunto padre) en la que ellos crecieron.

Más adelante en su vida, luego que ella iba firmemente a criar a cinco hijos, alguien le preguntó en una ocasión a mi madre: “Si ustedes no fueran católicos, ¿a qué iglesia asistirían?” Mi madre les respondería: “El preguntarme a qué religión me afiliaría si dejara la Iglesia Católica es como preguntarme a cuál de mis hijos abandonaría.” Algunos prospectos hipotéticos simplemente rondan la imaginación, especialmente en aquellos con una fe abundante.

Cuando la muerte de su Hijo en la Cruz debe haber llegado a los límites de su reserva de fe ilimitada, la madre, cuyo corazón había sido ferozmente atravesado, no se alejó de las promesas que había hecho Jesús de que resucitaría. Si hijo acogió su debilidad mortal; ella hizo precisamente lo mismo. Y aún así me atrevo a preguntarme si el Cristo Resucitado en su gran misericordia y filial afecto a su madre, le haya hecho una visita rápida y no documentada a sus aposentos para consolarla y ungirle con su tierno Espíritu, antes de aparecer en el salón cerrado con llave previo al evento de Pentecostés.

¿Vivió ella la verdad luminosa de la Resurrección, pero la mantuvo en su corazón hasta que ella y los apóstoles y los demás reunidos allí pudieron aspirar la paz que él sopló sobre ellos y motivarse para componer una nueva rendición del Magnífica durante su visitación? Ya juntos, ¿magnificaron al Señor con almas rebosantes al recibir la maravillosa noticia de que la muerte ya no tenía el dominio, que el miedo desaparecería antes el rostro del Hijo quien descendió a los

infiernos y regresó para poder llamarnos a la unidad en el Espíritu como Iglesia ante quien no prevalecerán las puertas del inframundo?

La Santísima Virgen María es la Madre de la Iglesia porque su marcada pobreza material es el preludeo de su gigantéz espiritual; cada gracia que recibe la pone a disposición de sus hijos a quienes ella reúne con gusto bajo su manto maternal. Todas las personas humanas, hombres y mujeres por igual, son hijos de Dios e hijos de María, quien nos ama y no escatima nada y quien con energía nos brinda su intercesión y atención devota a nosotros. Ella se nos acerca para que nunca perdamos la confianza de que Dios está con nosotros, que nuestras anudadas vidas se pueden desatorar y que existe un lugar designado para nosotros en la mansión de la casa del Padre de Cristo.

El fallecido Santo Padre Benedicto XVI reflexionó sobre el papel de María durante su vida como luz de Esperanza y como el núcleo de una comunidad de iglesia en desarrollo, gracias a su constante presencia y de su asistencia maternal con nosotros. En su mensaje, “Salvados por la Esperanza,” el pontífice habla directamente a la Santísima Madre: “Desde la Cruz recibiste una nueva misión. Desde la Cruz te convertiste en madre nuevamente: la madre de todos aquellos que creyeran en tu Hijo Jesús y quisieran seguirlo... Al pie de la Cruz, en la fuerza de la propia palabra de Jesús, te convertiste en la madre de los creyentes.”

El gentil candidato a doctorado continua, “el gozo de la Resurrección tocó tu corazón y te unió de una nueva manera a los discípulos... De esta forma estuviste en el medio de la comunidad de creyentes, quienes oraban como una sola voz los días posteriores a la Ascensión, pidiendo el don del Espíritu Santo y recibéndolo el día de Pentecostés. El “Reino” de Jesús no era el que se habían imaginado. Éste comenzó en esa hora, y este ‘Reino’ no tendría fin.”

La condición de vida de mi mamá ha cambiado dramáticamente en el último par de meses. Ella acaba de sufrir su tercer y mayor infarto cerebral y está prácticamente incapacitada de su lado derecho, lo cual la ha forzado a vivir en una institución de asistencia en Ankeny en donde ella recibe terapia y el apoyo que mis hermanos y yo no podemos ofrecerle. De muchas formas, ella, quien era la firme responsable de nosotros, la madre quien nos cuidaba y oraba por nosotros constantemente por el bienestar natural y espiritual de sus hijos, está recibiendo ahora humildemente el apoyo humano que se encarga de sus necesidades corporales más básicas. Es una transición que muchos de nosotros hemos enfrentado con nuestros padres, o que estamos enfrentando nosotros mismos. Es una transición que he enfrentado muy de cerca en mis tres años como capellán en la institución de cuidados más grande de Iowa, en donde la celebración diaria y dominical de la Eucaristía se llena de hijos adultos quienes se sientan cerca a sus padres y acompañando a los sacerdotes ya mayores que están en sus propios estados de declive físico y cognitivo. Siempre fue un asunto sagrado y de importancia y ahora es un asunto eminentemente más personal.

Por ahora, mi hermano David está firmemente comprometido maravillosamente a visitarle y acompañarle. Mi mamá aún se puede sentar por largos períodos en su silla de ruedas en su habitación, pensando sobre la cruz que le ha causado la embolia, la reconfiguración de su esperanza. Ella observa ocasionalmente la imagen de María que adorna su pared y ora con más sencillez, más como los niños, el Rosario que sostiene firmemente en su mano izquierda, que es la que aún le funciona. Ella permanece tanto madre como hija de la Madre, cuyo corazón y alma nos ayuda a decir “Sí” a cualquier cosa que nos proponga Dios, a lo que nos depare. Nadie sufre más allá de la protección de la atención maternal de María, su solidaridad con nuestra pobreza terrenal.

La mujer que es perpetuamente un rayo de luz del Espíritu, el centro de toda la comunión se mantiene como Madre de la Iglesia para nosotros. Aunque sabemos con la certeza de nuestra fe y de nuestra inagotable Esperanza que nuestro sufrimiento terminará un día, María nos acerca más íntimamente hacia el Reino que no tiene fin, en donde la Iglesia que en algún momento sufrió, se convierte simplemente en la Iglesia que goza de alegría, de presencia mutua, y un canto del que conocemos bien la letra, para que juntos podamos magnificar al Señor.